

Banyalbufar, el paraíso de las puestas de sol

Recuerdo que cuando era niña y jugaba en el parque de Alderdi Eder había un momento de las tardes de verano donde las correterías cesaban y saltaba del columpio para encaramarme a la barandilla de La Concha. La sugestión que ejercían sobre mí aquellas puestas de sol con el astro desapareciendo entre Urgull y la isla era portentosa. Crecí pensando que jamás, en ningún otro lugar del orbe, podría percibir lo que allí sentía. Hasta que ya con mis cuarentaytantos, visitando la sierra de Tramuntana (Patrimonio mundial de la Unesco desde el 2011) en Mallorca, y de la mano del gran biógrafo Miguel Dalmau, paramos en un pueblo llamado Banyalbufar.

Fue un flechazo a primera vista, lo que se dice una embriaguez repentina e ineludible de amor al mar abierto, a la enfática montaña (cima de sa Mola a 934 metros) y a valles que abrazan el terreno haciendo de triunvirato escarpado; repleto de vegetación mediterránea.

Los bancales escalonados, construidos desde la montaña hasta el mar, son testigos de lo que fue una alquería musulmana en el siglo X (Banyalbahar – *construido junto al mar*) y están vinculados a un peculiar sistema hidráulico que riega todas las terrazas por gravedad. Dice la leyenda que una de las razones por las que Jaume I conquistó la isla fueron los viñedos de malvasía en Banyalbufar; pues con sus uvas se hacía el vino más apreciado de la Corte. Cepas que se recuperaron a principios de este siglo, tras vivir su máximo esplendor en el XIX, y que conviven con olivos, el cultivo de tomate de ramellet, además de las tradicionales labores de pesca y ganadería a las que también se dedica el paisanaje. La tranquilidad que transpira este entorno y las puestas de sol en verano se erigen como los puntales de la belleza natu-

Brújula de verano

FÁTIMA FRUTOS



[ILUSTRACIÓN: ANNAPHOTO]

CRECÍ
PENSANDO
QUE JAMÁS
PODRÍA
PERCIBIR
LO QUE
ALLÍ SENTÍA

ral en este municipio del noreste mallorquín. De las muchas excursiones que se pueden realizar por la zona destacaré dos recomendables para todos los públicos: la que transcurre desde el pueblo hasta el Port des Canonges –donde se pasa por pinares y formaciones rocosas hasta llegar al mar–; y la más poética, que nos lleva hasta la Torre de Ses Ànimes. Atalaya de vigilancia sobre el acantilado de la punta Es Verger que servía para avisar de la llegada de corsarios y ejércitos enemigos, y cuyas advertencias arribaban hasta otras torres en Dragonera, Vallde-mossa, Deià y Sóller.

Al terminar la vida útil de esta construcción como punto estratégico de defensa se subastó por el gobierno central y fue adquirida en 1875 por el Archiduque Luis Salvador de Austria. Este aristócrata,

enamorado de las islas, enunció en *Die Balearen*: “La torre de Es Verger tiene el mejor panorama de toda la costa de Mallorca”. Pero además de poder contemplar desde este punto las mejores puestas de sol del Mediterráneo, llenas de magia y encanto, este enclave debe su nombre a la cantidad de sucesos misteriosos acaecidos. Luces que sobrevuelan la

zona, desapariciones, combates y escalofriantes relatos sobre espectros cuya visión hizo temblar a los militares apostados allí durante la Guerra Civil. Cualquiera que sea la parte de verdad o de superstición, lo que sí parece probado es la sensación de infinitud, paz y espiritualidad que transmite al visitante. Emoción comparable a la que también experimentamos en la cima del puig de Randa, la montaña sagrada de Mallorca, donde Ramón Llull llega a iluminarse de conocimiento y sabiduría, y desde donde se divisa toda la isla.